

# La nueva censura

Por Alvaro Ahunchain



**C**reyéndome ingenioso, hace cuatro años escribí que "la corrección política es el opio de los progres".

**M**e hacían gracia muchas cosas, como el lenguaje inclusivo y su pretensión de que diciendo "estudianta" y "miembra" se combatían los males del patriarcado. O que premiar la belleza de una mujer o un hombre implicaba necesariamente frustrar a quienes no alcanzaban ese estándar físico. En aquel tiempo, la corrección política era para mí una humorada, una *boutade* que tarde o temprano pasaría de moda sin pena ni gloria.

Con los años comprendí que el tema es mucho más grave que una mera aspiración de edulcorar el lenguaje y la vida en sociedad. Más que el opio de los progres, últimamente la corrección política se ha convertido en la nueva censura de las sociedades libres.

Se han descolgado cuadros de museos y galerías, porque supuestamente representan estereotipos incorrectos.



"Hylas y las ninfas" de John William Waterhouse (1849-1917). La obra fue descolgada en 2018 de un museo de Manchester por promover estereotipos de género. Tras la protesta generada, las autoridades de la institución justificaron la medida como una "performance de una artista feminista", motivada por abrir un debate sobre el tópico.

Se han retirado libros de bibliotecas bajo la acusación de que irrespetan la diversidad. Y no me refiero a *Mi lucha* de Adolf Hitler... hablo de las novelas de Mark Twain, que incurren en el pecado de usar el vocablo despectivo "*nigger*", por ejemplo.

Por la misma razón, las plataformas de *streaming* han retirado de sus catálogos películas como *Lo que el viento se llevó*.

Hace unos días le mostraba a mis hijas el clásico de Walt Disney *Fantasia*, recientemente publicado en Disney Plus. Me encontré con una advertencia inicial, que advierte que la película "*muestra maltrato o representación negativa de personas o culturas. Tales estereotipos no eran correctos en aquel entonces ni lo son ahora. En lugar de eliminar dicho contenido, queremos reconocer su impacto perjudicial, aprender e invitar al diálogo para crear entre todos un futuro más inclusivo*".

Me preocupé de mirar con ojo censor y no encontré nada: tal vez se refieran a la parodia de los hipopótamos danzando el Cascanueces ataviados como bailarinas de ballet. ¿Se habrá evaluado como una representación negativa de la gente obesa? El pánico que tienen las corporaciones a las demandas judiciales es tal, que sus abogados se apuran a redactar *disclaimers* haciendo escarnio de las obras que estas mismas publican.

En Italia, el *regisseur* Leo Muscato cambió el final de la ópera *Carmen* de Bizet, con el objetivo de dar un mensaje contrario a la violencia de género. No la terminó con don José asesinando a la protagonista: ella le arrebató el revólver y lo mata a él. Aparentemente el responsable de ese desaguisado supone que si es negativo ver sobre el escenario a un hombre matando a una mujer, es digno del mayor elogio apreciar el homicidio inverso.

El lector pensará que estas cosas solo pasan en los países desarrollados y no es así. Un director inglés puso en escena el *Otelo* de Shakespeare en el Teatro Solís, hace un par de años, y la Comedia Nacional recibió múltiples críticas porque al final, como todos sabemos, el protagonista estrangula a Desdémona.

Enfermos de literalidad, los paladines de la corrección política no se dan cuenta que tanto el final de *Carmen* como el de *Otelo* no introducen femicidios para promoverlos, sino a la inversa, para denunciarlos.

Yo mismo tuve una experiencia reveladora de este gran equívoco, a mediados del año pasado.



100 años celebrando la literatura  
y protegiendo la libertad de expresión.



Asistíamos a una muestra en que actores jóvenes representaban distintos fragmentos de obras teatrales, y tocó el turno a la escena segunda del primer acto de *Ricardo III*, tal vez uno de los mayores logros dramáticos de Shakespeare.

El malvado protagonista ha asesinado a Eduardo y Enrique, hijo y padre, príncipe y rey. Cuando Lady Ana, viuda de Eduardo, llora ante el ataúd donde yace su suegro, aparece Ricardo: la envuelve en una telaraña de intrigas y termina seduciéndola. Buena parte del debate posterior de esa representación fue por el supuesto machismo de Shakespeare: tanto profesionales de la escena como académicos que asistieron a la muestra, deploraban que se siguiera representando un texto que dejaba tan mal parada a la condición femenina...

En los últimos años, los concursos literarios de la Intendencia de Montevideo incluyeron en sus bases un premio especial para las obras que abordaran temas relativos a identidad de género con enfoques inclusivos. Y otro concurso de la Intendencia de Canelones llegó a condicionar su selección de propuestas de humor, a que no se burlaran de colectivos minoritarios... Chistes de gallegos o de suegras, abstenerse.

En todo el mundo occidental se está avanzando en forma sistemática y explícita para recortar la libertad del creador artístico. Películas como las de Godard, Pasolini, Fellini y Buñuel hoy serían colocadas en la picota y sus autores, acusados de vulgares machistas. Ni siquiera la directora Lina Wertmüller, con sus maravillosos *Mimi Metalurgico* y *Siete Bellezas*, se salvaría de esa admonición.

En Hollywood mismo son impensables hoy propuestas de otros tiempos, como la saga de *El Padrino* de Francis Ford Coppola. Más de uno cortaría la escena en que Al Pacino le pega una trompada a Diane Keaton por haber abortado...

Han llegado al extremo de redactar condiciones para que a partir de 2024, las películas puedan competir por los premios Oscar: imponen cuotas de "grupos étnicos o raciales poco representados" que deben integrar los elencos y los rubros de producción de los filmes (negros, latinos, asiáticos, nativos americanos, árabes, nativos de las islas del Pacífico, mujeres, integrantes de minorías raciales, del colectivo LGBT o personas con discapacidades cognitivas o físicas). La medida sería atendible como para llevarla a la legislación, pero ¿qué tiene que ver la elegibilidad para un premio artístico con todo eso? Dudo que *El ciudadano* de Orson Welles haya cumplido con tantas condiciones: ¿eso le impide ser una de las películas más extraordinarias de la historia?

Alguien podría suponer que el cine está demasiado sujeto a las veleidades industriales y que en la literatura todo es distinto. No es así. Las grandes editoriales han incorporado a su ejército de editores, correctores y diseñadores un nuevo rubro, el de los "lectores de sensibilidad". ¿Cuál es su rol? Muy simple: detectar en las obras literarias aquellos pasajes que puedan afectar la sensibilidad de distintas minorías, para sugerir al escritor que los elimine o

modifique. Imaginen al Conde de Lautréamont sometiendo sus cantos de Maldoror a un espécimen de estos...

Aunque parezca obvio, no está demás aclarar que denunciar toda esta sarta de estupideces no significa estar del lado del racismo, la discriminación a los homosexuales o la contaminación ambiental. Se trata simplemente de respetar la libertad del creador para que escriba, pinte o filme lo que quiera, dado que la función de la obra de arte no es enseñar qué se debe pensar ni cómo hay que vivir. Si el objetivo es respetar a las minorías y quebrar las inequidades heredadas, para eso está la legislación: suponer que una novela o una película tienen que dar cátedra sobre esos temas es pensar con la misma cabeza censora con que el Papa Pío IV ordenó a Daniele Volterra que pintara taparrabos a los personajes del Juicio Final de Miguel Ángel. El pobre Daniele era un estupendo artista pero pasó a la historia como "el Braghetone".

Hoy no son las partes pudendas las que escandalizan a los biempensantes: son determinadas representaciones de la mujer o las minorías étnicas y sexuales. Al igual que en el Renacimiento, los censores parten de la idea de que lo que la obra exhibe, ejerce una influencia perjudicial en quien la mira. Antes suponían que quien observara genitales en una pintura tendría pensamientos impuros. Hoy creen que quien ve un femicidio en una ópera, lo reproducirá a la salida del teatro. Ese pensamiento lineal pone en evidencia el profundo deterioro cultural de nuestro tiempo, en el que no es casual que las convicciones democráticas se diluyan en intercambios de insultos anónimos en redes sociales.

Para complicarla aún más, la corrección política ya tiene su propia policía del pensamiento: se trata de la "cultura de la cancelación", un nuevo orden consensuado que promueve el bloqueo y eliminación moral de aquellas personas que opinan u obran de manera contraria a las convenciones mayoritariamente aceptadas. Es una de las pestes que asola a la industria del cine: a un actor lo cancelaron por haber sido denunciado como maltratador por su ex pareja, y a un director, por haber sido acusado de pedófilo. En ambos casos la justicia los absolvió, pero eso no fue tenido en cuenta a la hora de cancelarlos; la sola acusación valió como prueba irrefutable. A distintos actores, los amenazan con lo mismo por haber trabajado bajo las órdenes de aquel director. Los damnificados suplican públicamente que no los cancelen, porque saben que eso significa para ellos la muerte civil. Como en la danza macabra medieval, la dama con guadaña se lleva a los réprobos para que no infecten la moral pública. Las víctimas suelen ser intelectuales y artistas, nunca comunicadores chimenteros ni saltimbanquis populares.

Es difícil comprender qué hay detrás de este renacimiento de la Santa Inquisición.

Algunos lo atribuyen a la mala conciencia de las izquierdas, que cuando llegaron al poder en Europa y América Latina no promovieron la revolución largamente prometida y mantuvieron el sistema capitalista que tanto aborrecían, aferrándose en consecuencia a estas reivindicaciones para reafirmar su maniqueísmo bajo nuevas banderas.

Otros entienden que responde a una reacción comprensible ante décadas y siglos de intolerancia con las minorías. Que a la manera de aquel "destape español" que sucedió a la represión franquista, se irá diluyendo a medida que las desigualdades se superen.

Por una u otra causa, lo cierto es que la corrección política se asienta en la pereza intelectual, la simple y llana ignorancia y una vocación buenista, de desear desesperadamente estar del lado de los puros, de los que señalan con dedo acusador a los corruptos. Es la eterna causa de persecución intelectual, que a veces se ha vestido con ropajes religiosos, otras con uniformes militares y ahora con las banderas de colectivos victimizados.

A pesar de la repulsa generalizada que causó en nuestro nacionalismo futbolero la suspensión al deportista Cavani en el fútbol inglés, por haber escrito en un tuit "*gracias, negrito*", una reciente crónica de Paula Delgado en el semanario Búsqueda dio cuenta de que distintos representantes de la cultura afrouroguaya dieron la razón a los sancionadores. Entienden que efectivamente, decir "negrito" equivale a discriminar, aún dicho afectuosamente, y se preguntan por qué nadie dice "blanquito".

Yo les respondería: muy bien, desde hoy entonces, digamos "blanquito".  
Tampoco hay razón para prohibirlo.

° Alvaro Ahunchain es docente, creativo publicitario dramaturgo, director de teatro y columnista del diario El País. Es además Coordinador General de Instituto Nacional de Artes Escénicas.

Los artículos firmados son responsabilidad de su autor.

